

---

---

## CONCLUSION.

### I

Termino aquí *El Angel del Hogar*.

Mi pluma no se ha fatigado con la tarea de escribirlo, que ha sido harto grata para mí; he querido compendiar en él la educacion moral de la mujer: es decir, la sólida y provechosa educacion, pues por muy brillante que sea la intelectual, de poco ó de nada puede servirle, miéntras la moral no sea completa y bien entendida.

He procurado daros, lectoras mias, en este libro, reglas generales para educar á vuestras hijas, para que vosotras mismas encontreis la verdadera felicidad, esa felicidad que tantas pobres mujeres miran huir muy desconsoladas, y lloran perdida despues con la mayor amargura, sin que puedan atinar el motivo por qué se les escapa; y tengo la satisfactoria conviccion de que, si leéis con reflexion estas páginas, alguna vez encontra-

réis el motivo que hace que esa dicha desaparezca; quizá podréis asirla ántes de que os abandone por completo, ó recuperarla, si por desgracia la habeis perdido.

Dolores hay, sin embargo, en la vida de la mujer, que por más que otra mujer los adivine no puede hablar de ellos, ni, por consiguiente, consolarlos.

Para esos dolores buscad alivio en las santas verdades, en los sublimes preceptos de nuestra grandiosa religion, pues para ella no hay pliegue oculto en el corazon humano.

Yo abrigo una creencia, que quizá será supersticiosa, pero que no debeis extrañar, porque toda alma tierna tiene algunas preocupaciones.

Una de las mias consiste en creer que la mujer buena nunca es completamente infeliz, aunque la desgracia la oprima con su férrea mano.

### II

La sociedad, por más que digan los filósofos modernos, no adelanta en corrupcion.

Por el contrario, cada dia se descubren nuevos gérmenes de virtud.

Casi todas las faltas tienen por base la ignorancia ó la alucinacion acerca de los propios sentimientos.

Lo repito! la vida es buena y hermosa embe-

llecida por los afectos y la virtud.

Para el que corre de desórden en desórden, llega un día en que la existencia se convierte en un páramo desierto ó erizado de espinas.

La vida no son los placeres, los bailes, las diversiones, sobre todo, para la mujer.

Esa existencia frívola, dicipada, acaba con la salud, anticipa la vejez, embota el entendimiento.

La que se entrega tanto al mundo, que no cuida más que de él, la que deja eclipsar su inteligencia con las sombras de la vanidad, de la lisonja, del egoísmo ¿qué guardará para cuando el mundo la abandone?

Ni la hermosura, ni la riqueza, ni la noble cuna, pueden hacer, por sí solas, dichosa á la mujer, y más de una vemos dotada de todas estas ventajas, que gime torturada por un dolor sin nombre, por una desesperacion sin término.

La felicidad la encuentra la mujer en su casa, en medio de su familia; allí es la reina, la señora, aún más, allí es la Providencia.

Si ocupa su vida en el trabajo, en el amor, en la amistad, y los ratos de ocio en la lectura y en el cultivo de esas graciosas habilidades, encanto del hogar doméstico; y desconoce la envidia y tiene piedad y creencias religiosas, si educa á sus hijos para hacerlos hombres de honor y á sus hijas para que sean á su vez buenas y ejemplares madres de familia, entónces podrá decir cada noche al arrodillarse en su reclinatorio:

—Gracias os doy, Dios mio, por haberme hecho tan feliz!

¡Admirable bondad la de Dios, que nos ha dado la ventura por premio de la virtud, y que la galardona además con una gloria eterna!

Sólo nuestra religion es tan próvida, tan benéfica y tan dulce.

La educacion moral de la mujer, hasta el día tan descuidada, es lo que ha de mejorar nuestra sociedad: esa educacion, base de todas las virtudes y fuente de la verdadera, de la constante felicidad.

### III

Terrible compañero de la vida de la mujer es el dolor.

Si ésta le acoge por primera vez en su corazon, se adhiere á él, sin que ningun esfuerzo de las personas que la aman sea bastante á ahuyentarle.

Siéntase por la noche á la cabecera de su lecho.

Aleja el sueño de sus ojos, y se posa, abrumador y frio como el hierro, sobre aquel corazon desventurado que lo acogió.

Tal vez acaba por triturar el seno que le dió apoyo, y sólo consiente en alejarse cuando ya ha sorbido toda la savia de la desdichada en quien hizo presa.

No le acojais jamás, queridas le toras mías.  
El dolor cambia en agrio y adusto el carácter más bello y agota la generosidad, porque el que sufre no puede ser compasivo.

Cuando alguna pena os aqueje, pedid á Dios un consuelo para ella, y en seguida tened ánimo para buscar su remedio.

Nada hay en el mundo que no pueda remediarse con el auxilio de Dios y de su divina Madre.

No hablo yo de esos dolores naturales; originados por la pérdida de una persona amada.

Esos dolores no gangrenan el alma, ni vuelven irascible el carácter; ántes, por el contrario, degeneran en una melancolía dulce y consoladora para el alma.

Me refiero á otros dolores, forjados á veces por el acaloramiento de nuestra imaginacion, y que, por tanto, no tienen consuelo en lo humano.

De este número son los celos, injustos casi siempre, y sin alivio las más veces.

Las pobres mujeres, devoradas por ese monstruo terrible, son los seres que más compasion me inspiran en el mundo; y no puedo ofrecerles más escudo para oponer á sus sangrientas mordeduras, que la práctica de la virtud y el noble orgullo, que es la base de la dignidad de la mujer.

Es una verdad incontestable que la mujer digna es á lo ménos respetada y estimada sinceramente por la sociedad, y por el mismo que la amaba en otro tiempo.

## IV

La religion es la que coloca á la mujer en el pedestal más elevado que, por su condicion, puede ocupar.

Ved si no á las pobres mujeres de Oriente, constituidas en esclavas, porque la religion no ha enclavado aún en aquellas regiones su triunfante bandera.

No las ennoblece ni el amor, ni la maternidad; y viven sujetas á *un amo*, y reducidas á acatar como leyes todos sus brutales caprichos.

Contempladla en Europa.

Vedla rodeada de prerrogativas y consideraciones, ennoblecida, reina, en fin, de su hogar, y si es digna de ello, señora muy amada de su esposo y de sus hijos; esta posicion envidiable la debe sólo á nuestra santa y hermosa religion.

Y ved asimismo cómo entre nosotras, la mujer más virtuosa y digna, es tambien la mejor considerada.

Por más que contempleis, bellas é inocentes jóvenes, los triunfos de las coquetas; por más que miréis, castas y tiernas esposas, las conquistas y devaneos de las que son vuestra antítesis, creedme á mí, que tengo el poco envidiable instinto que hace conocer los pliegues del corazon humano y las llagas de la sociedad; creedme y me

daréis gracias algun dia por haber puesto ante vuestros ojos esta verdad:

*No hay felicidad posible, si la conciencia no está pura y el alma limpia, como la magestad del grande y poderoso Dios, que la ha formado.*

Si he conseguido el fin que me propuse al empezar á escribir este libro; si os he hecho conocer cuál es el modo de ser *el ángel del hogar*; si he dado algun consuelo á vuestras aficciones, están cumplidos todos mis votos, y sólo me resta dar gracias á la Madre de Dios por haberme concedido el bien inestimable que con tanto fervor le pedí al tomar la pluma para dirigirme á vosotras; *la felicidad de ser útil á mi sexo.*

FIN DE LA OBRA.

## INDICE del tomo segundo.

	PÁGINAS.	
Capítulo I	El avaro. Astucia generosa. Consejos. Recuerdos dolorosos. Partida y llegada al castillo . . . . .	5
„ II	Mistress Simpson y su hija. El castillo. Lazos del corazon. Alicia. Diplomacia del doctor . . . . .	21
„ III	Vuelta á Lóndres. Mary. Carácter de Alicia. Prevision de madre. El dia del ángel San Rafael. Amor filial. Rosas y diamantes. La cartera . . . . .	38
„ IV	Nuevas conocidas. La dama de gran tono. Proyectos. Presentimientos maternas . . . . .	60
„ V	Leontina. La emancipacion de la mujer. Aparece C. Laroche . . . . .	74
„ VI	La berlina azul. Dos antiguos socios . . . . .	91
„ VII	La declaracion. Aparece otra vez el doctor Simpson. El salvador. La carta de Claudio . . . . .	105
„ VIII	Una mirada á todos los personajes de esta historia. La mujer sin corazon. La muerte. Otra vez Claudio Un casamiento sin amor. Agonia de Mr. Wilsson. Aparece de nuevo el doctor Simpson . . . . .	128
„ IX	Una casita pobre. Desesperacion. Elocuencia del amor. El precio de una cadena. La oracion.	